**II Congreso Latinoamericano de Teoría Social y Teoría Política**

“Horizontes y dilemas del pensamiento contemporáneo en el sur global”

Buenos Aires, 2 al 4 de Agosto de 2017

*MESA 22 | Teoría de la Hegemonía hoy. Legado y debates actuales alrededor de la obra de E. Laclau y Ch. Mouffe*

Hegemonía, afectividad y capitalismo. Aportes e impasses en la obra de E. Laclau y Ch. Mouffe.

Agustin Mendez, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Resumen

El motivo de la presente ponencia es llevar adelante una lectura de la Teoría de la hegemonía, haciendo especial hincapié en la caracterización que hace del modo de producción capitalista. Si bien el autor argentino determina que su teoría, desarrollada conjuntamente con Ch. Mouffe, tiene su origen histórico con el advenimiento de la llamada Revolución Democrática, no lleva adelante un análisis tan certero respecto de su relación con el modo de producción capitalista. En pos de adentrarse en esta cuestión, se intentará señalar los aportes que realiza Jacques Lacan con su teoría de los discursos con la finalidad de subraya tanto el modo en que se conjugan dentro del corpus laclausiano política y afectividad, así como ciertos impasses para desarrollar una teoría crítica sobre los mecanismo de dominación social que imperan en la actualidad.

* **Hegemonía y estrategia socialista. Deconstrucción, crítica y reinscripción de la categoría de sujeto en el posmarxismo**

La obra de Ernesto Laclau y Ch. Mouffe constituye uno de los aportes más interesantes y valorables dentro de la teoría política contemporánea. Sus enseñanzas cuentan con un gran alcance explicativo a la hora de exponer el modo en que se conforman las identidades políticas dentro de una coyuntura específica.

En 1985 publicarán su obra más destacada, *Hegemonía y estrategia socialista*. Allí se encuentra contenido y expuesto el grueso de su arquitectónica teórica, la cual, a pesar de sufrir varias modificaciones posteriores, nunca dejarán atrás sino que más bien radicalizarán sus motivaciones primeras, a saber “la crítica al esencialismo filosófico, el nuevo papel asignado al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de «sujeto» en lo que respecta a la constitución de las identidades colectivas” (Laclau y Mouffe, 2010:21).

Si, como se mencionó anteriormente, para Laclau la constitución del sujeto y del orden social son siempre incompletos, precarios y parciales, donde el último no es resultado de la agregación de aquellos ni estos un producto sin más de lo colectivo, es necesario hacerse de una categoría conceptual que permita trascender tanto las posturas holistas como las individualistas: esta será la noción de discurso.

De acuerdo con J. Torfing, el discurso puede ser entendido como una “totalidad relacional de secuencias significativas”. De esta definición, en primera instancia, se desprende que las relaciones establecidas entre distintas identidades son inescindibles de esas mismas identidades. En segundo lugar, el hecho de que la totalidad sea relacional indica que la misma se conforma en referencia a un “exterior constitutivo” que permite diferenciar un adentro de un afuera. Por último, la mención a las secuencias significativas remite al hecho de que lo social se constituye como un conjunto de prácticas simbólicas (Cfr. Torfing, 1996:40).

En virtud de ello, Laclau sostendrá que el establecimiento de una formación discursiva, es decir, de un tipo de ordenamiento social específico, es producto de una serie de articulaciones, las cuales son entendidas como “una práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica”. Del mismo modo definirá como “momentos a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso”, mientras que los elementos son entendidos como “toda diferencia que no se articula discursivamente” (Laclau y Mouffe, 2010: 142-43).

Ahora bien, los autores aquí retratados, sostendrán que el pasaje de un elemento a un momento de una totalidad discursiva siempre es parcial y reversible. Dada la ausencia de un significado trascendental que regule los movimientos posibles al interior de una estructura significativa (Cfr. Derrida, 1989:385), toda identidad diferencial tendrá un carácter flotante y sobredeterminado, donde su exceso de significación constituye lo que ha sido denominado como el *campo general de la discursividad*. Este es a la vez la condición de posibilidad e imposibilidad de toda fijación de sentido, ya que proporciona la estructura diferencial donde se dirime todo practica articulatoria, a la vez que constantemente la desborda y subvierte:

“La sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que lo desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad” (Laclau y Mouffe, 2010:154).

Toda formación social, por tanto, no es originaria, antes bien es la resultante de una puja entre distintas fuerzas antagónicas que buscan establecer un ordenamiento específico. Hegemonizar algo es, precisamente, la tarea por conformar “un espacio social y político relativamente unificado a través de la institución de puntos nodales y de la constitución de identidades tendencialmente relacionales” (Laclau y Mouffe, 2010:180).

Ahora bien, llegado a este punto, surge una pregunta fundamental y que da inicio a la nota saliente del posmarxismo laclausiano, ¿quién es el sujeto de la hegemonía? En la tradición marxista, el concepto de hegemonía fue utilizado por los líderes del partido socialdemócrata ruso para exponer aquella situación donde una clase debía realizar la tarea de otra. El problema con esta caracterización es que ha sido subsidiaria de cuestiones tales como el etapismo y el reduccionismo de clase.

El post-estructuralismo expuesto por Laclau y Mouffe consistirá en una reapropiación crítica de la noción de sujeto, tal y como fue desarrollada a lo largo de la tradición marxista. En esta, el proletariado fue expresamente constituido como el sujeto ontológicamente determinado del cambio, ya que, por su propia ubicación dentro del entramado social, podía desencadenar la contradicción fundamental capital-trabajo.

Este esquema es el que pretende rebatir el posmarxismo laclausiano, debido a la matriz economicista y mecanicista que lo sustenta. La necesidad de delinear las condiciones de posibilidad de una praxis emancipatoria que pueda surgir de cualquier punto o espacio del sistema social, no solo del económico y, por tanto, encabezada por distintas posiciones de sujeto, serán los aportes centrales del concepto gramsciano de hegemonía, ya que “la posición de Gramsci es clara: la voluntad colectiva resulta de la articulación político–ideológica de fuerzas históricas dispersas y fragmentadas” (Laclau y Mouffe, 2010:79).

Antonio Gramsci será aquel que presente una versión más refinada de dicho concepto. La hegemonía, aquí, es entendida como la capacidad que tiene una fuerza particular de generar una voluntad colectiva con un carácter nacional-popular mediante una reformulación política, ideología, intelectual y moral. Si bien esta noción explica la imposición de un orden dominante por fuera del simple uso de la coacción y la violencia desnuda, se sigue moviendo dentro de los límites del marxismo clásico, al sostener que solo el proletariado era la clase que podía llevar adelante una estrategia emancipatoria. Este resto esencialista es el que viene a superar la teorización de Laclau, mediante la construcción contingente de la subjetividad política.

Sin embargo, las consideraciones de este último autor también serán sometidas a crítica, pues, a su entender, Gramsci, sigue ligando, necesariamente, la ubicación del sujeto dentro del esquema de producción laboral a su capacidad intrínseca para erigirse en la clase fundamental de un proyecto contra-hegemónico: “el conjunto de la construcción gramsciana reposa sobre una concepción finalmente incoherente, que no logra superar plenamente el dualismo del marxismo clásico. Porque, para Gramsci, incluso si los diversos elementos sociales tienen una identidad tan sólo relacional, lograda a través de la acción de prácticas articulatorias, tiene que haber siempre un principio unificante en toda formación hegemónica, y éste debe ser referido a una clase fundamental. Con lo cual vemos que hay dos principios del orden social —la unicidad del principio unificante y su carácter necesario de clase— que no son el resultado contingente de la lucha hegemónica, sino el marco estructural necesario dentro del cual toda lucha hegemónica tiene lugar” (Laclau y Mouffe, 2010:81).

Si la práctica hegemónica se da en un campo en el cual prima el carácter incompleto y abierto de lo social, donde los elementos no han sido determinados como momentos de una formación discursiva, el sujeto articulante debe ser parcialmente externo a lo que articula, ya que otro modo no habría relación de articulación sino de necesidad, situación que acontece en un espacio plenamente cerrado compuesto por identidades positivas y previamente fijadas. Sin embargo, esta exterioridad no puede ser la existente entre dos entidades ontológicamente diversas, pues si fuera así tampoco sería posible ningún tipo de articulación. Por tanto, la fuerza hegemonizante y los elementos hegemonizados se constituyen en un mismo plano, el campo general de la discursividad, a la vez que la relación de exterioridad entre las distintas fuerzas antagónicas es la que se da entre dos formaciones discursivas diversas, aunque no totalmente cerradas en sí mismas: “Se trata, por tanto, de la exterioridad existente entre posiciones de sujeto situadas en el interior de ciertas formaciones discursivas, y «elementos» que carecen de una articulación discursiva precisa. Es esta ambigüedad la que hace posible a la articulación como institución de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido de lo social en un sistema organizado de diferencias” (Laclau y Mouffe, 2010:179).

El carácter abierto de toda formación social hace imposible la determinación de una subjetividad ligada a las nociones de unidad y homogeneidad. La polisemia discursiva tiene como consecuencia la multiplicación y dispersión de las posiciones de sujeto, las cuales no pueden ser reconducidas a una infraestructura social que dote de inteligibilidad su funcionamiento, dejando detrás la perspectiva fundacional y apriorística inaugurada en la Modernidad. En esta última, existe una sutura entre su posición económica y su identidad política, lo cual presupone una totalidad cerrada y autorregulada donde los roles y las estrategias están predeterminadas. Frente a esta descripción, toda posición de sujeto, al estar sobredeterminada por otras, señala el “carácter incompleto, abierto y políticamente negociable de toda identidad” (Laclau y Mouffe, 2010:142).

El hecho de que no haya ninguna posición de sujeto que funcione como una entidad autónoma, sino que cambien según el modo en que son articuladas en una serie equivalencial, se debe a que su condición de posibilidad es el de una totalidad imposible de suturar: “La categoría de sujeto está penetrada por el mismo carácter polisémico, ambiguo e incompleto que la sobredeterminación acuerda a toda identidad discursiva. Por esto mismo, el momento de cierre de una totalidad discursiva, que no es dado al nivel «objetivo» de dicha totalidad, tampoco puede ser dado al nivel de un sujeto que es «fuente de sentido», ya que la subjetividad del agente está penetrada por la misma precariedad y ausencia de sutura que cualquier otro punto de la totalidad discursiva de la que es parte” (Laclau y Mouffe, 2010:163-64).

* **Capitalismo, economía y política. El punto ciego de la teoría laclausiana**

Esta breve exposición de la teoría laclausiana contiene los elementos que permitirán adensar la crítica que realiza el autor argentino a la tradición marxista. De acuerdo con lo expuesto Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestros tiempos el hombre de Treveris desarrolla dos modos contradictorios de pensar la emancipación política: por un lado, la contenida en el Manifiesto Comunista donde la historia es el resultado contingente de la lucha de clases, por otro, la expresada en el prólogo a La contribución de la crítica de la economía política, en la cual la contradicción entre las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas desencadenan un periodo de revolución social. Estos dos modelos, según Laclau articulan de un modo diverso la relación entre antagonismo y contradicción, pues “Si la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción es una contradicción sin antagonismo, la lucha de clases es, por su parte, un antagonismo sin contradicción” (Laclau, 1993: 23).

Ahora bien, según la perspectiva de Laclau, estos dos tipos de explicación no entran en una colisión insalvable al interior de la formulación marxista, pues a su entender son integrados en pos de alcanzar una fundamentación racional del devenir de la historia. De esta manera, el modelo primario es el de las relaciones sociales de producción/fuerzas productivas, que subsume en su interior a la noción de lucha de clases: “Un punto, sin embargo, está claro: cualquiera sea el tipo de articulación lógica existente entre “lucha de clases” y “contradicciones emergentes del proceso de expansión de las fuerzas productivas”, es en estas donde reside, para Marx, la determinación en última instancia del cambio social. Por un lado, la lucha de clases se constituye en el interior de relaciones de producción cuya superación sólo será posible cuando se hayan transformado en freno para todo desarrollo ulterior de las fuerzas productivas; por otro, “el terreno en el que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo” es el campo de las superestructuras. Pero, en ese caso, la posibilidad de integrar teóricamente las contradicciones emergentes del desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases depende de la posibilidad de reducir la segunda a momento interno en el desarrollo endógeno de las primeras” (Laclau, 1993: 23).

Este movimiento teórico, en el cual se toma a uno de los dos ejes analizados como el determinante constituye “ya en sí toda una decisión que no emerge espontáneamente” (Cristobo, 2015: 217). Esta intervención tomada sobre el corpus teórico marxista se deriva de cierto modo de comprender e interpretar la especificidad de la esfera económica. La razón de ello se debe a que tanto Laclau como Mouffe encuentran las categorías centrales de la economía política marxista ancladas en un pensamiento esencialista, por lo cual son dejadas de lado, vaciando a la esfera económica de un estatus teórico específico. Como sostienen Diskin y Sandler “hay conceptos económicos en Hegemonía y estrategia socialista pero no un concepto de economía” (Diskin y Sandler, 1993: 30).

Según Laclau, el problema de la teoría del valor desarrollada en El capital, consiste en determinar a la fuerza de trabajo como una mercancía: “Contrariamente a los otros elementos necesarios a la producción, no es suficiente para el capitalista comprar la fuerza de trabajo; le es preciso además hacerla producir trabajo. Este es un aspecto esencial que escapa a la concepción de la fuerza de trabajo como mercancía, cuyo valor de uso sería el trabajo. Porque si fuera una mercancía como las otras, es evidente que su valor de uso podría hacerse automáticamente efectivo a partir del hecho mismo de su compra” (Laclau y Mouffe, 2010, 114-115).

La postura desarrollada por el posmarximo consiste en comprender la noción de fuerza de trabajo articulada no como un concepto de tipo económico sino político, pues una vez comprada por el capitalista este debe extraerle el máximo de rédito posible aplicando para ello diversos mecanismo de dominación: “No es pues la lógica exclusiva del capital la que determina la evolución del proceso de trabajo, y este último no es sólo el lugar en el que se ejerce la dominación del capital sino el terreno de una lucha” (Laclau y Mouffe, 2010: 116).

Este argumento sostiene, por tanto, que la fuerza de trabajo debe estar puesta en relación a un “exterior” ajeno a su lógica de funcionamiento (las relaciones de dominación) para generar valor, lo que trae como consecuencia la reinscripción de la lógica del antagonismo como opuesta a la contradicción dialéctica: “no debe olvidarse, sin embargo, que el fundamento teórico de esta relación se basa en la reducción de los agentes sociales concretos a las categorías económicas de comprador y vendedor de la fuerza de trabajo. (…) un nivel de vida decente, por ejemplo, es imposible si los salarios caen por debajo de un cierto punto, y las fluctuaciones del mercado de trabajo afectan las condiciones de vivienda y el acceso del trabajador a los bienes de consumo. En este caso, sin embargo, el conflicto no es interno a las relaciones de producción, sino que tiene lugar entre las relaciones de producción y la identidad del trabajador que es exterior a las mismas. Este exterior constitutivo es inherente a toda relación antagónica” (Laclau, 1993: 25-26) “El antagonismo se establece entre la relación de producción y algo exterior a la misma, y no en el interior de la relación de producción como tal” (Laclau, 1993: 27).

Ahora bien, toda mercancía, y no solo la fuerza de trabajo requiere de condiciones externas a sí mismas para su funcionamiento. Cualquier tipo de alimento (de origen vegetal o animal) no asegura inmediatamente de su valor de uso su capacidad de ser intercambiada, sino que el capitalista debe asegurar su correcta preservación, crecimiento, cumplir con una serie de pautas sanitarias que permiten su comercialización, etc. De este modo todo capitalista deberá preocuparse por una serie de condiciones tanto internas como externas que aseguren la posibilidad de extraer de sus mercancías un plusvalor, lo cual significa que todas ellas son condiciones de explotación capitalista. Tal y como sostiene Amariglio y Callari, “en lugar de ser una prueba de la clausura del discurso de Marx en el nivel económico, el concepto de fetichismo de la mercancía es el camino que permite a Marx superar el privilegio de la economía” (Amariglio y Callari, 1989: 44). Esta caracterización se debe a que el análisis del fetichismo de la mercancía muestra como las relaciones de producción no remiten a un cuestión meramente económica sino que están articuladas y sobredeterminadas por procesos culturales, ideológicos, históricos, psicológicos, etc. No es menor que el propio Marx en el prefacio a *El capital* sostenga que “Mi punto de vista, que enfoca el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, puede menos que ningún otro hacer responsable al individuo de unas relaciones de las cuales socialmente es producto, aunque subjetivamente pueda estar muy por encima de ellas”.

En virtud de lo antedicho, se comprende que la determinación del valor de cambio de la mercancía fuerza de trabajo, es decir, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su reproducción “difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Por lo demás, hasta el volumen de las llamadas necesidades imprescindibles, así como la índole de su satisfacción, es un producto histórico y depende por tanto en gran parte del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral. Por la cantidad de bienes de consumo que requiere para su subsistencia” (Marx, 2009: 208). El análisis de los mecanismos de regulación de este último aspecto constituyen un factor esencial de la crítica a la ideología, ya que tanto mediante un conjunto instituciones formales e informales, así como también, a través de diversos procesos de sociabilización primaria y secundaria, tales como el deporte, la administración de la salud, la técnica, la educación, los medios de comunicación, entre otros, se movilizan un conjunto de prácticas cuya finalidad es la de producir un sujeto acorde a los requerimientos del desarrollo del capital.

Lo antedicho permite concluir que la teoría de la Hegemonía desarrollada por Laclau y Mouffe es incapaz de pensar de un modo no esencialista los conceptos propios de la esfera económica, de allí su desplazamiento como objeto de estudio. Tal decisión repercute en el propio modo de entender lo político, puesto que aquello no pensado retorna como el punto ciego de su propuesta. La post-estructura discursiva que articula su ontología, como señala J. Dotti, se devela como análoga a la lógica del mercado: “si hay un espacio donde el desplazamiento a lo largo de la cadena de significantes alcanza su máxima fluidez, donde actores desustancializados compiten antagónicamente por hegemonizar el sentido, y así confirmarse en su particularismo como identidad necesaria/imposible, y donde el hontanar de la infinita expansión del sistema radica en una dialéctica de las disfunciones y de la constante superación de las mismas; este espacio posmoderno por excelencia, entonces, es el mercado global” (Dotti, 2004: 507).

La enseñanza de Laclau y Mouffe, por tanto, hace de la democracia capitalista tanto de su condición de posibilidad así como su horizonte de sentido. Sub-teorizando el modo de producción capitalista al considerar que sus categorías son esencialista, se torna acrítica: Los teóricos del discurso posmarxistas deben proscribir la cuestión del origen de las ideas; pero sin duda podemos aplicarles el cuento a ellos mismos. Pues toda teoría está arraigada históricamente por sí misma en una fase particular del capitalismo avanzado, y es, así, testimonio vivo en su misma existencia de esta relación «necesaria» entre formas de conciencia y realidad social que niega de manera tan vehemente. Lo que se postula como una tesis *universal* sobre el discurso, la política y los intereses, como sucede a menudo con las ideologías, está atento a todo menos a sus propias bases históricas de posibilidad (Eagleton, 1997:274).

* **Bibliografía**

Amariglio, J. y Callari, A. “Marxian Value Theory and the Problem of the Subject: The Role of Commodity Fetishism”, en [*Rethinking Marxism*](http://www.tandfonline.com/toc/rrmx20/current)*A Journal of Economics, Culture & Society*Volume 2 – [N° 3](http://www.tandfonline.com/toc/rrmx20/6/3) (1989): 31-60.

Cristobo, M. “Sobre la comprensión de la historia en Marx. Las perspectivas de Ernesto Laclau y Jurgen Habermas en torno al desarrollo de las fuerzas productivas” en *Las torres de Lucca*, N°7 (2015): 209-233.

Derrida, J.*La escritura y la diferencia*, Barcelona, 1989.

Diskins, J. y Sandler, B. “Essentialism and the Economy in the Post-Marxist Imaginary: Reopening the Sutures” en [*Rethinking Marxism*](http://www.tandfonline.com/toc/rrmx20/current)*A Journal of Economics, Culture & Society* Volume 6 – [N° 3](http://www.tandfonline.com/toc/rrmx20/6/3) (1993): 28-48.

Dotti, Jorge. “¿Como Mirar el Rostro de la Gorgona? Antagonismo Postestructuralista y Decisionismo” en *Deus Mortalis. Cuadernos de Filosofía Política,* N°3, (2004): 451-516.

Eagleton, T. *Ideología*, Paidós, 1997.

Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 2010.

Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, 1993.

Torfing, J.“Un repaso al análisis del discurso” en Buenfil, R. (comp.) *Debates Políticos Contemporáneos.* Editores P y V, México, 1996.